

Diego Manuel Béjar

Cómo seducir a un hetero

PRIMER CAPÍTULO

BASADO EN HECHOS REALES

Prólogo de Eduardo Mendicutti

stonewall

**Cómo seducir
a un  
hetero**

Diego Manuel Béjar

stonewall

Imagen de cubierta: © iStockPhoto/ZoneCreative

Ilustraciones: © Gabriel Antille (www.gabriel-antille.com)

Primera edición: Abril de 2014

© Diego Manuel Béjar, 2014

© de esta edición: Looping Media, S.L., 2014

Atocha, 35, 1º Exterior — 28012 Madrid

www.stonewall.es

Stonewall es una marca registrada de Looping Media, S.L.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Este documento es un extracto de la novela *Cómo seducir a un hetero* (ISBN: 978-84-16006-10-6; Depósito legal: M-7370-2014), destinado exclusivamente para la distribución gratuita a través del sitio web www.comoseduciraunhetero.com.

Queda totalmente prohibida su venta, distribución a través de sitios comerciales sin autorización previa y su modificación.



CAPÍTULO I

El coleccionista

Cuando comenzó ese verano yo estaba de bajón porque me había dejado Nando. Atrás quedaba una relación que no fue tan tórrida como las que suelo protagonizar, y que había durado poco menos de un año, como casi todas mis relaciones. No voy a ponerme a contar detalles sobre esa relación porque no es el tema y porque además tengo la mala costumbre de volver a salir con todos mis ex; no quiero tirar piedras sobre mi tejado. El caso es que estaba fatal, triste y desolado. Me sentía solo en un mundo lleno de gente, abandonado a encuentros gratuitos y esporádicos de una sola noche, en una dinámica de sexo y soledad que, por alguna extraña razón, solo me recordaba a él. Y el caso es que, estando con Nando, nunca le había sido totalmente fiel. No lo digo por aquella vez que iba paseando tranquilamente copa en mano por el Bold y me dejé arrastrar por un tumulto que se metía en el cuarto oscuro y no tengo muy claro qué pasó o dejó de pasar que salí con la camiseta puesta del revés, sino porque, virtualmente, yo tenía otra relación desde antes de conocerlo. Una relación platónica, secreta, irracional... pero que hacía que las mariposas estuvieran siempre revoloteando. Y algo dentro de mí decía que esta vez no eran gases.

Esa relación perturbadora con la que le había sido infiel comenzó el año anterior, cuando miré directamente a los ojos claros y embriagadores de ese Adonis y le pregunté: «¿Tienes mecheros?». Él me respondió que sí, que un euro, e hicimos la transacción dejando que nuestras manos se tocaran suavemente, tan solo una fracción de segundo, que fue lo suficiente para desencadenar todo esto. Sé que así contado suena absurdo, pero es que las cosas tienen su contexto: yo era nuevo en el barrio, no conocía a nadie en la zona, estaba necesitado de amor y sobre todo más salido que el pico de una mesa. Y él era guapísimo, mi tipo ideal: alto, fuerte —natural, no de gimnasio—, sonrisa agradable y facciones un poco tipo hombre de Atapuerca. Y, sobre todo, él era el quiosquero más cercano, lo cual no tenía nada de banal, sino que suponía toda una ventaja para desencadenar mi lujuria y mis más bajas pasiones, que puedes imaginar perfectamente como cuánto de bajas estaban ubicadas. Hiciera frío o calor, lloviera o nevara, él estaría en el mismo sitio la mayor parte del día. Como un póster de un chulo en la habitación, pero en 3D y en la calle. ¡Podía verlo todos los días! Todo un detalle a tener en cuenta, porque he pasado por relaciones serias y consolidadas en las que tenía menos ocasiones de ver a mi pareja. No es que me pillara exactamente de camino al trabajo, pero nunca está de más hacer un poco de ejercicio y coger el metro en la parada siguiente a la más cercana a casa.

Reconozco que al principio lo de fijarme en él era por la tontería. Era muy guapo y me gustaba verlo, nada más, no pensaba en nada raro más allá de alegrarme la vista, a ver si vais a creer que soy una especie de psicópata, porque no lo soy. Y lo sé porque he salido con un par de desequilibrados y he tomado notas sobre cómo funciona eso.

El giro inesperado se produjo a los pocos días de establecer esa rutina, ese pequeño desvío en las idas y venidas del trabajo para verlo de pasada. Una mañana, de camino al trabajo, dispuesto a exprimir al máximo los límites de mi campo de visión para mirarlo de reojo como quien no quiere la cosa, coincidió que él estaba recogiendo una montaña de periódicos del suelo. Y entonces lo vi, en todo su esplendor: la parte donde la espalda se convierte en puertas del placer. Esa piel que se convertiría con más fuerza que nunca en el objeto de mi deseo, poblada de pelos y rezumando erotismo de barrio. Solo unos centímetros que dejaban intuir todo lo demás, un remolino de sensaciones desbocadas del que solo me separaba su pantalón de chándal y unos calzoncillos realmente horribles, como de mercadillo, que se dejaban entrever y que ya le cambiaría con el tiempo porque ese hombre, ese macho alfa esplendoroso, ese dios griego de la prensa diaria, había de ser mío.

Sin duda eso marcó un antes y un después, al reparar en algo elemental en lo que antes no había pensado: el quiosquero era una persona que seguía las reglas del libre albedrío. No era un objeto expuesto al cual observar, era mucho más. ¡Interactuaba con las personas! E incluso podía interactuar conmigo, ya que él no podía imaginar que había de ser mío, que yo lo amaba en secreto, que cada noche aliviaba mis tensiones pensando en él. El quiosquero no sabía nada de eso, para él yo no era más que un cliente. Podía encontrar mil excusas para hablar con él, tocarlo, verlo, olerlo... ¡Podía hacerlo y llenar de ricos matices mis fantasías nocturnas!

El primer objetivo, la prueba de fuego, fue su pecho. A mí los pechos me pueden. Un buen pecho, peludito, con un ombligo bien formado... Desde el primer momento tuve la certeza de que el suyo era así. La camiseta daba bastantes pistas, pero tenía que verlo. Solo tardé dos días en atreverme. Con paso decidido me dirigí a él y le pedí una de las revistas que tenía colgadas con pinzas en la parte superior del quiosco. ¡Qué astuto soy! Al estirarse para poder cogerla se le levantó un poco la camiseta y por un momento, que retuve con precisión fotográfica, pude ver la parte inferior de su vientre, que era tal y como había imaginado. ¡Había funcionado mi plan, tan perverso como sencillo y eficaz! Estaba interactuando con él, satisfaciendo mi curiosidad morbosa, y sobre todo consiguiendo nuevo material para mis lujuriosas recreaciones, como un perverso cualquiera. Pero eso fue solo el comienzo de un frenesí con intenciones onanistas que superó todas mis expectativas.

Empecé a juntar todo tipo de coleccionables que no llegaba ni a abrir. Preferí hacerlo con fascículos porque con los periódicos no tenía tantas posibilidades: estos últimos estaban más accesibles, los podía coger directamente y solo había que pagarlos, lo cual daba la posibilidad de rozarle la mano con el tema del cambio, pero nada más. Sin embargo,

con los coleccionables era distinto: podía tenerlos o no tenerlos, lo cual daba pie a un pequeño intercambio de palabras. Y si los tenía, no solían estar a la vista, que para algo ya me encargaba de pedir los más extraños, por lo que tenía que buscarlos, subirse a una silla, agacharse... e hiciera lo que hiciera, yo conseguía más material visual para mis fantasías. Mentalmente estaba construyendo un cadáver exquisito, un monstruo de Frankenstein del erotismo, mi propio *collage* fetiche. Cada día, junto al fascículo de turno, me llevaba una imagen grabada a fuego en mi mente: ese trozo de nalga cuando se agachó; ese bulto entre las piernas a solo unos centímetros de mi cara, cuyo perfil generaba unas magníficas expectativas, cuando se subió a una silla para rebuscar en el altillo; ese ombligo de cuando se estiró a recoger aquél fascículo; una visión parcial del pecho el día que se quitó la sudadera que se ponía a primera hora de la mañana; esa sonrisa cuando hice un comentario gracioso sobre un titular del periódico; esos pies grandes y con los pelos en los dedos tan grácilmente ubicados de cuando iba con chanclas; esas piernas, esas pantorrillas de cuando iba en pantalón corto con reminiscencias homoeróticas setenteras; la manera en que se tensaban sus músculos al coger un paquete de prensa... Aunque no se trataba solo de imágenes. También guardaba en mi acalorada mente otro tipo de sensaciones: el calor de su mano al rozar la mía cuando me devolvía el cambio; su olor a jabón por la mañana, que a la tarde se convertía en un fresco sudor de hombre...

Ciertamente, estaba uniendo muchas piezas sensoriales, pero cuantas más tenía, más ansiedad me producía el querer tener más y más. A lo tonto, día a día, en mi mente había formado casi todo el puzle, pero cuanto más descubría más deseaba, y nunca tenía suficiente. En poco más de un mes había hecho una gran recopilación de fotos mentales, incluyendo algunas que al empezar la «colección» no hubiera imaginado poder conseguir. Sin embargo, ya había alcanzado el límite de imágenes que podía obtener y durante un par de semanas no registré material nuevo. Seguía comprando los fascículos, porque era imprescindible verlo para mantener vivas en mi mente las imágenes que había ido recopilando, pero cada vez que lo veía y no descubría más partes de su cuerpo me frustraba, produciéndome al mismo tiempo ansias por conseguir más.

Se echaba encima el verano y mis hormonas estaban más revolucionadas que nunca cuando se produjo el segundo punto de inflexión de la manera más tonta. Estaba comprando un nuevo fascículo cuando una señora mayor, que creo que era de la tienda de ropa para bebés que había enfrente del quiosco, se acercó y le dijo: «Jorge, ¿tienes cambio de cincuenta euros?». Reconozco que puede parecer una tontería, pero para mí fue una nueva revelación, un soplo de aire fresco y, sobre todo, una nueva línea de investigación. Me había obsesionado por descubrir su cuerpo y lo que este emanaba, convirtiéndome en un mero coleccionista de imágenes y sensaciones que cosía en mi imaginación con el hilo de la lujuria más extrema. Pero, realmente, no sabía nada de él. ¿Y si no me conformaba solo con eso? ¿Y si además recopilaba información que complementara el perfil de mi amado? Pues ya tenía el

primer dato: el hombre al que había estado adorando en el templo de mis fantasías más obvias se llamaba Jorge.

A partir de ese momento empecé a prestar más atención a las conversaciones, animado por el impulso que había recobrado todo, por la posibilidad de conseguir nuevo material para hacer más completo a mi moderno Prometeo: lo había dotado de un cuerpo, y ahora lo iba a dotar de un alma, una personalidad, una vida... Sin embargo, las palabras que intercambiábamos apenas me aportaban material sobre sus asuntos personales, por lo que tuve que buscar otra manera de obtenerlo. Fue entonces cuando me di cuenta de otra obviedad en la que no había reparado: ¡mi objeto del deseo era otras cosas además de quiosquero! Había focalizado todo mi interés en el reducido espacio de su lugar de trabajo, pero sin duda él tenía una vida más allá. Una casa, unos amigos, una familia... Seguro que él vivía en el barrio, solo había que seguirlo por la noche, cuando cerrara el quiosco, para descubrir un montón de información más. Confieso que llegado a este punto mi comportamiento puede parecer un poco enfermizo, tirando a degenerado, pero cuando el corazón se deja llevar por una fantasía inocente uno no se para a pensar en esas cosas. Supongo que también tendrá algo que ver que el último en saber que alguien es un psicópata es el propio interesado.

Tan solo un par de días después de la revelación, al llegar a casa más tarde de lo habitual por tomar unas cervezas con Sebas, pasando junto al quiosco pude ver que estaba recogiendo los periódicos y revistas para cerrar. «Esta es la mía», me dije. Y sin pensarlo mucho, que es como hay que hacer estas cosas cuando quieres que acaben en catástrofe, me hice el remolón fingiendo interés en los escaparates cercanos, pero siempre mirando de reojo, no se me fuera a escapar.

No tardó mucho en apagar las luces y echar el candado, y empecé a seguirlo a buena distancia. No quería ser descubierto in fraganti, aunque siempre tenía la opción de hacerme el encontradizo. Al fin y al cabo ese era también mi barrio. Lo seguía con la vista hasta que daba la vuelta a alguna esquina, y entonces corría hasta ese punto, sujetándome las llaves del bolsillo para que no hicieran mucho ruido, para volver a buscar con la mirada su chándal del Real Madrid y fijarme en la siguiente esquina por la que girara. Mi corazón estaba a punto de estallar, me sudaban las manos, incluso me sentía sucio a la vez que excitado por esa nueva pieza del puzle que estaba a punto de descubrir. De repente me había convertido en algo a medio camino entre James Bond y Matahari, en una espía de la Nueva Era en nombre del amor.

Supongo que mi cara de satisfacción cuando por fin lo vi entrar en un portal fue tremenda. ¡Ya sabía su paradero! Y la verdad es que no vivía muy lejos, estaba a solo un par de manzanas de mi casa, con lo que se abría un nuevo abanico de posibilidades. Sin embargo, de repente me sentía desprotegido en mitad de la calle, así que por disimular me metí en un bar en cuya puerta había unos cuantos parroquianos entre los que me podría camuflar sin dejar de ver el edificio, en busca de una luz que se encendiera permitiendo reconocer su apolínea silueta y completando de esta manera su dirección. No conseguí muy bien mi objetivo de

camuflarme entre los clientes del bar, dado que, tras entrar y pedirme una caña, rápidamente descubrí que se trataba de uno de esos bares consagrado a la comunidad inmigrante, mayormente cubanos robustos y de color café, que a ritmo de salsa se preguntaban quién coño era ese tío trajeado con piel pálida y cara de misterio.

Por fin se encendió una luz en el edificio en el que un par de minutos antes se había metido mi perseguido y amado quiosquero. Escudriñé cerveza en mano esperando que fuera la señal esperada y poder reconocer la silueta de Jorge tras esa luz. ¡Y la vi! ¡Vi la luz! Se acercó a la nevera, cogió una botella, bebió a morro un par de tragos, la volvió a dejar dentro de la nevera y se fue apagando la luz. Un objetivo más cumplido, una ráfaga de realidad en forma de 2º derecha. Anoté la dirección en lo más profundo de mi memoria mientras pagaba la cerveza, aún con el temor de ser descubierto, deseando llegar a casa para equilibrar con mi libido la emoción del descubrimiento antes de que se disipara la adrenalina.

Durante una temporada, al igual que las parejas cuando se hacen estables y el amor deja paso a la rutina, ya no lo iba a buscar al trabajo, sino que directamente iba a buscarlo a su casa. Cada día, entre las diez y las once de la noche, que es cuando él se preparaba la cena, iba al mismo bar de cubanos para tomarme un par de cervezas bien fresquitas mientras lo veía entregado a sus quehaceres diarios. Gracias a eso, descubrí también cosas que, sumadas a todo lo que ya había acumulado, ampliaron considerablemente mi universo, haciendo el puzle cada vez más completo pero al mismo tiempo más grande: su ropa interior tendida en el tendal de la terraza, su nombre completo en el buzón del portal...

Tras dos semanas, compaginé las visitas al bar de cubanos, con los que por la costumbre ya estaba cogiendo confianza, con las visitas al quiosco. Prefería verlo más de cerca a invadir su intimidad desde el exterior, volver a tocarle la mano al recibir el cambio, olerlo... Pero ya no era lo mismo: mi colección de imágenes estaba cayendo en una rutina en la que ya no había cromos nuevos. Mi perversión se estaba convirtiendo en algo común y las sensaciones tan vívidas en el pasado habían quedado atrás, como un recuerdo lejano.

Un día, al comprar uno de los muchos coleccionables que estaba llevando para tener una excusa para acercarme a él, me preguntó: «¿Y por qué no te suscribes a los fascículos? Te los llevarían a casa y no tendrías que estar pendiente de tanta colección». Me quedé mirándolo y me encogí de hombros mientras aspiraba hondo para respirar el aire que él acababa de expeler al hablarme, para que en cierta manera él entrara dentro de mí penetrando mis pulmones. Y al volver a casa, con el fascículo debajo del brazo, la respuesta no hacía más que rebotar en mi cabeza: «¿Por qué no me suscribo? Porque me pones tú, hija de puta, no el cartero».

¿Te ha gustado? La historia continúa en la novela

Cómo seducir a un hetero

The title 'Cómo seducir a un hetero' is written in a bold, rounded, sans-serif font. The word 'hetero' is on the bottom line, 'a un' is in the middle, and 'Cómo seducir' is on the top line. To the right of the word 'hetero', there is a large, stylized question mark. An arrow points from the question mark towards the word 'hetero'.

Disponible en librerías de toda España (y parte del extranjero)

Para más información sobre la novela, puntos de venta, reseñas, presentaciones, *book trailer* y un montón de material adicional entra en...

www.comoseduciraunhetero.com